

A woman's silhouette is shown in profile, facing left, against a bright, hazy sunset background. Her hair is long and dark, and she appears to be wearing a dark, textured garment. The sun is positioned directly behind her head, creating a strong lens flare and illuminating the scene with a warm, golden light. The background consists of soft, out-of-focus greenery and trees.

PALABRAS

LORENA FRANCO

Copyright © 2016 Lorena Franco
©Registro Propiedad Intelectual
Todos los derechos reservados.
©PALABRAS
ISBN-13: 978-1533429995
ISBN-10: 1533429995

También disponible en papel. Primera edición: Mayo 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[PALABRAS](#)

[MELANCOLÍA](#)

[ÉPOCA](#)

[SOLEDAD](#)

[EFÍMERO](#)

[COMPASIÓN](#)

[OJALÁ](#)

[SERENDIPIA](#)

[OLVIDO](#)

DESENLACE

Gracias por adquirir este EBOOK que también lo podrás encontrar en formato impreso a través de AMAZON.

Visita [eBooks Amazon Blog](#) y descubre mucho más sobre Lorena Franco y sus obras en Amazon.

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:







PRÓLOGO

Mi nombre es Emma. Y esta no es la típica historia en la que chica conoce a chico, se enamoran y viven felices el resto de su vida. No. Casi nadie habla de ese momento en el que el chico deja a la chica o viceversa. Casi nadie habla del desamor. Es mucho más fácil hablar de la felicidad, de los sueños cumplidos y de las historias de amor que duran eternamente. Aunque luego nadie sepa lo que sucede entre los dos protagonistas de la historia, cuando en la última página de la novela aparece FIN. Porque nada es para siempre. Nada dura eternamente. Esta, es la continuación de un cuento que no resultó ser de hadas...

“No te rindas
que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños,
destrabar el tiempo,
correr los escombros y
destapar el cielo”
(Mario Benedetti)

Desde pequeña, siempre creí en los príncipes azules. Siempre soñé con el día de mi boda. Ese día en el que sería la novia más bella del mundo. Vestirme de blanco, e ir del brazo de mi padre por el largo pasillo de una iglesia abarrotada de gente y bonitas flores. De fondo, la marcha nupcial acompañaría a mi espléndida sonrisa. Y unas pequeñas niñas de rizos dorados, esparcirían pétalos de rosas rojas. Estuve a punto. A dos meses de ver como mi sueño se hacía realidad... y sí. Conocí a un príncipe azul. Se llama-

ba Diego. Pero lo que nadie me había dicho cuando era pequeña, es que los príncipes azules también pueden romper el corazón en mil pedazos. Ahora, mi vestido de novia sin usar, escondido en el fondo del armario, me recuerda lo que pudo haber sido y no fue. Y también me recuerda que inevitablemente y sin saber el motivo, duelen mucho más las cosas que no vives. Los besos que no das. Los "Te quiero" que no dices. Los abrazos rechazados. Las promesas incumplidas.

Esta es una historia de palabras. Un inspirador juego que me propuso mi psicóloga Silvia hace un tiempo... Nueve palabras, nueve días. Al principio fue complicado y me pareció una táctica extraña para vencer la tristeza causada por un desamor. Luego, se convirtió en una adicción. Y finalmente el tiempo... hizo que abriera los ojos. Pero aún es muy pronto para adelantar acontecimientos. Tendréis que esperar al final de esta historia. Una breve historia de los que se van. Una breve historia de los que tenemos que aprender a vivir con la ausencia de los que deciden abandonarnos.

"Las historias tristes
siempre empiezan con un...
TENEMOS QUE HABLAR"



PALABRAS

Diego me dejó en febrero. Dos días después de San Valentín. Dos días después de haberme regalado un ramo de rosas como solía hacer habitualmente a lo largo de nuestra relación y unos ricos bombones. Irónico ¿verdad? Todo era perfecto. Yo vivía en un cuento precioso y era feliz sin percibir en ningún momento, lo que sucedería.

La tristeza invadió mi vida inesperadamente. Durante tres meses, no salí de casa. Apenas salí de la cama. Apenas comí. Le daba vueltas a la cabeza sin parar y sin entender qué era lo que había podido suceder. ¿Qué había hecho? ¿Había sido yo la culpable del fin de una relación que parecía idílica? Parecía... solo parecía.

El tiempo lo cura todo. Eso dicen. Llegó mayo, el mes en el que estaba prevista mi boda con Diego y decidí armarme de valor y salir a la calle. Dejarme deslumbrar por los tímidos rayos del sol de un precioso día primaveral. Dejar que la vida fluyera, aunque aún la mirara desde la distancia... tímidamente. Escondida entre las sombras de mi decepción y desconsuelo. Ya no me quedaban lágrimas, las había derramado todas. Lo más duro de todo, además de aprender a volver a vivir en soledad, fue tener que llamar a todos y cada uno de los invitados a nuestro enlace, para decirles que ya no se celebraría. Todos dijeron lo mismo...

-POBRECITA...

Me quería morir... Lo que menos necesitaba era que nadie se compadeciera de mí. Conmigo misma, tenía suficiente.

“Si tienes palabras más fuertes
que el silencio, habla.
Si no las tienes,
entonces guarda silencio”
(Eurípides)

Busqué una salida. Algo que hiciera que volviera a resurgir de mis cenizas. Tan solo tenía treinta años y toda una vida por delante. Una vida sin él. Pero vida al fin y al cabo.

Llamé a Sandra, una de mis mejores amigas. Se alegró al escuchar mi voz después de tantos meses de silencio voluntario. Y a mí, se me hizo extraño hablar con otra persona que no fuera conmigo misma. Me había acostumbrado a la soledad. Sandra me habló de Silvia, una psicóloga, que sería muy probablemente, la solución que en esos momentos necesitaba. Tenía métodos muy distintos a otros psicólogos que conocía, pero realmente funcionaban y Sandra lo sabía por experiencia propia. Dejándome llevar por los consejos de mi amiga, me puse en contacto con Silvia y concertamos una primera visita para la tarde del día siguiente. Su despacho se encontraba situado en la céntrica Avenida Diagonal de Barcelona, con lo que podía ir dando un paseo desde mi apartamento. El barrio de Gracia –mi barrio-, deslumbraba en primavera. Pero mi rostro no lo expresaba así... No podía. No era capaz de ver la belleza en ningún rincón. La belleza, se escondía de mí.

Silvia me dio muy buena impresión desde el principio. Veintitantos años, probablemente de mi edad. Envidiablemente guapa, alta y esbelta. Su cabello castaño corto de un color castaño oscuro, resaltaba sus marcados pómulos. Nariz pequeña respingona y unos profundos ojos azules. Sería pero agradable. Inspiraba confianza. Muy al contrario de lo que pensaba, no me tumbé en un confortable diván. Silvia tenía en su despacho, un sillón más típico de abuelo que de un cliente en una consulta psicológica con

necesidad de desahogarse. A mi alrededor, estanterías con multitud de libros. Y al lado del escritorio de la psicóloga, un gran ventanal con vistas a la ruidosa Avenida Diagonal.

Nunca había acudido a un psicólogo, así que no sabía lo que tenía que hacer. Me sentía fuera de lugar. Por otro lado, pensé en las personas que viven día a día con problemas. Problemas de los de verdad. Problemas importantes de salud, muertes de seres queridos, desahucios, no tener dinero para alimentar a sus hijos, no tener un lugar donde dormir... Y yo... quejándome y sufriendo porque un hombre me había dejado. Y porque en tres meses, ese hombre que había compartido seis años de su vida conmigo, no había dado señales.

Fue la primera vez a lo largo de esos meses, en los que me sentí estúpida y egoísta. Una malcriada egocéntrica con problemas banales. Así quise hacérselo saber a Silvia.

-¿Qué te ha traído hasta aquí, Emma? –me preguntó Silvia, anotando algo en un cuadernito.

-El desamor... –sonreí tristemente. –Pero sé que hay problemas más graves en esta vida. No sé, imagino que...

-Emma. –interrumpió la psicóloga. –Te duele ¿verdad?

-Mucho.

-Pues para eso estás aquí. Sabemos que en el mundo hay muchísimos problemas. Cosas graves que les sucede a gente buena todos los días. Nos sentimos mal y sin saber que hacer ante estas desgracias ajenas, ¿cierto? –asentí obedientemente. –Pero lo que te duele a ti, para lo que estás aquí... es el desamor. Y ese, también es un problema importante si afecta a tu vida, a tu mente y a tu estado anímico.

Me miró fijamente a los ojos, como queriendo adivinar mis pensamientos. Logró intimidarme. Los ojos claros siempre me han intimidado y Silvia, aunque era agradable, tenía una mirada dura. Incluso podría decir que fría. Distan-

te. Tal vez para no involucrarse demasiado en los problemas de sus pacientes. Está claro que si un psicólogo se llevase a casa todos y cada uno de los estados anímicos y problemas de sus pacientes, acabaría chalado.

-Voy a proponerte algo. -dijo. -Nueve palabras. Nueve días. Nueve sesiones. A lo largo de estos nueve días, quiero que escribas en casa. Lo que te inspire cada palabra que yo te vaya dando y tenga algo que ver con tu relación.

-¿Cómo? -pregunté perpleja. No me apetecía llevarme *deberes a casa*.

-Desahógate. Las palabras ayudan, son fuente de inspiración y leerlas en voz alta a alguien que no tenga nada que ver con tu vida personal, también. A través de las palabras, me contarás tu historia. Que te parece si empezamos por la palabra... ¿Melancolía?

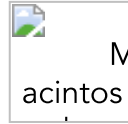
-Así es como me siento... -respondí cabizbaja con una triste sonrisa.

-Lo supongo, Emma. Por eso he decidido empezar por esta palabra. -explicó misteriosamente. -Escribe. Escríbele a tu ex pareja, como si él te escuchara o te leyera. Como si lo tuvieras delante y pudieras decirle todo lo que sientes. Y cuando pasen estos nueve días, te aseguro que volverás a ser la misma de antes. Volverás a ser feliz.

"No prometas nada que no puedas cumplir", pensé. Pero Silvia estaba muy segura de su método. De su éxito. Debía confiar... Confiar en las palabras. Aprender a deshacerme de la melancolía que sentía mi alma. Aprender a olvidar... O al menos, aprender a recordar sin dolor... con eso me conformaba. Con eso me sentiría lista al fin, para poder volver a VIVIR.

"Las lágrimas más amargas
que se derramarán sobre nuestra tumba,
serán las de las palabras no dichas
y las de las obras inacabadas"

(Harriet Beecher Stowe)



MELANCOLÍA

Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que quien la padece no encuentre gusto ni diversión en nada.

Y el día menos pensado, la MELANCOLÍA llega a tu vida repentinamente. Me han ordenado, en este tipo de ejercicio para curar mi alma y desprenderme del dolor, que debo hablarte a ti, Diego... Se me hace raro hablarte a través de una hoja en blanco que voy rellenando con estas palabras absurdas que sé que no leerás jamás. Siempre se me dio bien escribir... al igual que dibujar. Por algo me dediqué a la ilustración infantil. Porque me gusta y ahora mismo es un alivio poder trabajar desde casa. No tengo que llevar mi MELANCOLÍA, tristeza, decepción, amargura o como lo quieras llamar, a ningún lugar. De esta forma, no contagio a nadie con mi negatividad.

Déjame que te cuente, que cuando te fuiste, todo se volvió oscuro. Cerraste la puerta mirándome de reojo y aparentemente no te importó lo que pudiera pensar de ti. Mírate... fuiste frío y calculador. Nunca te vi así. Nunca pensé que fueras así. Eso me demuestra que nunca llegamos a conocer del todo a una persona.

Me contaste que te habías enamorado de otra mujer de la noche a la mañana y tiraste a la basura nuestros bonitos seis años de relación. Allá donde estés... ¿Eres feliz? Así lo deseo. Tal vez es este estado melancólico en el que me encuentro, que me hace desear tonterías... pero no se le puede desear nada malo a alguien a quien quisiste ¿verdad? Aunque te haya roto el corazón. Pero a ella sí... a ella le deseo que se quede calva, coja y sorda. Que tengas que hablarle muy alto para que te escuche. Que te desespere

y la abandonas. Aún sigo manteniendo la esperanza de que algún día, volverás a entrar por la puerta como si nada hubiera sucedido. Me pedirás perdón, nos besaremos fogosamente, haremos el amor como en nuestros mejores tiempos y volveremos a estar juntos. Pero soy realista. Tengo los pies en el suelo. Y es esta MELANCOLÍA la que invade mi espacio, la que me dice...

-Olvidalo. No volverá. No lo esperes. Ya no es tuyo y de echo... nunca lo fue.

Nada nos pertenece. Nada es para siempre. Pero aún así, seguimos equivocándonos y aferrándonos a la idea de que nuestra pareja es nuestra otra mitad. Esa idea es la que se desmorona por completo y destruye nuestro mundo, cuando la que pensamos que es nuestra otra mitad, encuentra a la que verdaderamente cree que es la suya. Yo solo fui un pasatiempo. El amor de verdad existe en los brazos de otra. Así es como me siento.

*“La melancolía es un recuerdo
que se ignora”
(Gustave Flaubert)*

Diego, te voy a contar la primera vez que conocí a señora MELANCOLÍA. He decido tratarla de señora, porque así es como me la imagino. Una señorona que va una vez a la semana a la peluquería, le gusta dar consejos y cree que ella es la mejor en todo. Señora MELANCOLÍA me ciega, Diego. Y no me deja ver los colores primaverales que inundan la ciudad de Barcelona. La MELANCOLÍA me amarga y me presiona. Me duele. Me hace sentir triste... no me gusta. En realidad, Diego... conocí a señora MELANCOLÍA dos días después de tu marcha. No fue de inmediato, vino despacito... en silencio, poco a poco... se tumbó conmigo en la cama e hizo que llorara. Lloré muchísimo, como si eso pudiera hacer que me sintiera mejor. Como si las lágrimas aliviaran mi dolor. No, que va. Las lágrimas lo único

que consiguen es dejarte los ojos hinchados y feos. Que te salgan mocos. Las lágrimas son amigas de señora MELANCOLÍA y esta señora a su vez, ha logrado cansarme. Sí, me ha agotado. Como me agotabas tú, cada vez que te empeñabas en salir a hacer footing por las estrechas calles de Gracia, un domingo a las ocho de la mañana. Me ha agotado como lo hacías tú, cada vez que me obligabas a ver un partido de fútbol. Odio el fútbol. Me ha agotado como lo hacías tú, cada vez que empezabas una dieta y no me permitías comer una riquísima hamburguesa para no caer en la tentación. Me ha agotado tanto como lo hacías tú, cada vez que me decías que no querías ir a la playa porque estaba abarrotada de gente y nos quedábamos en casa aburridos, mirando cualquier película mala por televisión. Vaya, Diego... señora MELANCOLÍA me está haciéndote ver un poquito peor a como te recordaba. Puede que no sea tan mala... puede que señora MELANCOLÍA también tenga su lado bueno.

¿Es eso lo que sucede? ¿Cuándo alguien desaparece de nuestra vida lo idealizamos? ¿Solo recordamos las cosas buenas? ¿Los momentos bellos? MELANCOLÍA no recuerda ni un solo momento bueno. MELANCOLÍA me recuerda que junto a ti, también pude sentirla. Como por ejemplo, aquel nueve de noviembre en el que te olvidaste de mi cumpleaños. Cumplía veintiséis y tú y yo, ya llevábamos dos años saliendo, aunque aún no habíamos dado el paso de ir a vivir juntos. Te olvidaste de mi cumpleaños. Me dejaste sola y te fuiste a cenar con tus amigos. Cuando al día siguiente te lo comenté, entre triste y enfadada, sonreíste pícaramente. Me pediste perdón. Y aunque señora MELANCOLÍA se apoderó de mí un ratito, yo te perdoné. Aunque no lo llegara a entender nunca. Al día siguiente volviste a conquistarme regalándome unas flores... te sentías culpable.

Sí, contigo también tuve épocas en las que me sentí melancólica. ¡Pero no pasaba nada! ¿Sabes porque? Por-